





DONDE  
EL DESTINO  
NOS LLEVE

*Mar Vaquerizo*

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, mayo 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-47-9  
Depósito Legal: CS 299-2023  
© del texto, Mar Vaquerizo  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Merche Diolch

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todas las personas que creen en el destino,  
en las almas gemelas,  
en el amor,  
en la magia.



*«Dicen que algunas vidas  
están vinculadas en el tiempo  
unidas por una antigua llamada  
que resuena a través del tiempo».*

**El príncipe de Persia: Las arenas del tiempo**

*«No malgastes el tiempo,  
es de lo que está hecha la vida».*

*Lo que el viento se llevó.*

*«Me dijo:*

*—¿Hasta dónde quieres llegar?*

*Le pregunté:*

*—¿Hasta dónde estás dispuesta a perderte?».*

*Ultimátum,*  
**Ruenda M.**





# NOTA DE LA AUTORA

Os escribo esta nota para explicaros cómo he creado la ambientación de la historia, antes de que os sumerjáis en ella.

Esta novela es pura ficción, pero está inspirada en lugares auténticos de las Tierras Altas de Escocia. Para crearla, he utilizado ubicaciones y elementos reales para el beneficio de la historia sin seguir su rigor histórico.

El clan Munro es real. De hecho, su castillo sigue en pie, aunque con modificaciones importantes, ya que fue saqueado e incendiado por los jacobitas en 1746, después de la muerte del sexto *laird*, Robert Munro, en la batalla de Falkirk Muir.

El séptimo *laird*, Harry Munro, regresó al castillo tras su cautiverio y descubrió su destrucción parcial. Lo reconstruyó tras la batalla de Culloden, donde los jacobitas fueron derrotados, incluyendo todo lo que pudo del edificio original.

Esa batalla puso fin al sistema de clanes de las Tierras Altas y ya no se necesitaba construir un fuerte defensivo. Así que, lo reconstruyó como una gran mansión, que es como la conocemos y la disfruta el clan en la actualidad.

Del mismo modo, no he querido elegir los colores del tartán del clan Munro por estar ante un libro de ficción.

Espero que os guste la novela a pesar de estos cambios y os enamore tanto como a mí.

Gracias por leerme.

Mil besos.



# PLAYLIST

Un libro más y una nueva lista de música que incluir. Espero que os guste y os haga disfrutar aún más si cabe de las escenas.

- *The Pretender* de Foo Fighters.
- *La Nube* de Sôber.
- *Cosmic Girl* de Jamiroquai.
- *Honey* de John Legend y Muni Long.
- *Massive* de Drake.
- *Paradyso* de Sôber.
- *Massive* de Drake.
- *I Can't Got For That (No Can Do)* de Daryll Hall y John Oater.
- *Hey Mr. DJ* de Zhané.
- *I Want Her* de Keith Sweat.
- *Return of The Mack* de Mark Morrison.
- *I Wanna Sex You Up* de Color me Badd.
- *Too hot* de Kool & The Gang.
- *This is How We Do it* de Montell Jordan.
- *That's The Way Love Goes* de Janet Jackson.





# PRÓLOGO

Madrid. Febrero de 2022.

«¿Qué he hecho?», se repetía Ian Munro cada día de los últimos diez años.

Caminaba por la Gran Vía de Madrid aparentemente distraído en sus pensamientos, pero nada más lejos de la realidad. Prestaba atención a todo lo que le rodeaba, más consciente que nunca. Especialmente de las mujeres.

Se ajustó el cuello de la cazadora de cuero negro por la brisa del invierno de primeros de febrero. No era un invierno de verdad. Solo era un sucedáneo de lo que estaba acostumbrado a vivir, pero le gustaba mezclarse con las costumbres locales y no llamar la atención.

Lo que le preocupaba era el escalofrío que le recorría cada vez que pensaba en el destino que le esperaba si no encontraba lo que necesitaba.

Recordó su casa. La echaba tanto de menos...

Suspiró mecánicamente ante el pensamiento.

Decidió que ya era suficiente. Comenzaba a anochecer, era martes y no había nada interesante a lo que aferrarse, aunque esta ciudad parecía no dormir nunca.

Aun así, los nervios le anudaron el estómago. No tenía mucho tiempo. Solo le quedaban diez días para encontrar lo que necesitaba.

Lo que tanto necesitaba su clan.

Resignado, decidió dirigir sus pasos de vuelta a casa. Saldría más tarde para intentarlo otra vez.

Cuando entró en su apartamento en la zona de La Latina, comenzó a recordar todo lo que sucedió diez años atrás. No podía olvidarlo.

Era increíble que, aun con el paso de los años, todo estuviera tan claro en su cabeza.

Palabra por palabra.

Hecho ha hecho.

# CAPÍTULO 1

Tierras Altas de Escocia.  
Kiltearn.  
Otoño de 1522.

Ian cabalgaba de vuelta a Foulis con una sonrisa en los labios.

Laila era increíblemente bella, delicada, apasionada... Todo lo que un hombre puede desear. Él, con sus veinticinco años recién cumplidos, no podía pedir más, pero su padre le había recordado mil veces que ella no tenía cabida en su vida.

En realidad, lo único que podía reprocharle era ser una romana; una gitana de un asentamiento nómada que, a pesar de su condición itinerante, llevaba diez años instalado en sus tierras. Ese era el único y suficiente motivo para no poder casarse con ella.

Nunca sería la esposa del *laird*; papel que tarde o temprano tendría que desempeñar como hijo mayor de Robert Munro, señor de aquellas tierras y barón de Foulis.

Habían tenido varios encuentros apasionados en las últimas semanas. Quizás más de lo recomendable, ya que no podía evitar verla cada vez que tenía tiempo, después de sus obligaciones en el castillo.

Mientras regresaba de vuelta a Foulis, a lomos de su caballo negro como el ébano, no dejaba de repetirse que no podía estar con ella. Pero, a veces, ese autoconvencimiento se veía interrumpido por imágenes de sus encuentros, su pasión, los besos profundos que le hacían volverse loco, con un deseo que no era capaz de controlar tanto como debía, aunque se esforzaba en hacerlo.

El deseo mutuo era fuerte, y tenía que parar a tomar aire, despejar la mente y recordar que, llegado el momento adecuado, su

padre le casaría por poderes. Un matrimonio de conveniencia para conservar el linaje, y no había más que hacer.

Así había sido por los siglos de los siglos, y así sería con él.

Azuzó el caballo para llegar pronto a casa y no pensar ni un segundo más en dar media vuelta para regresar al lado de aquella belleza. Comenzaba a afectarle a la cabeza que, hasta ahora, siempre había estado totalmente lúcida y centrada.

Entró en Foulis con el porte de un rey.

Como siempre que caminaba desde los establos al castillo, las doncellas que regresaban a sus casas o trajinaban en los jardines antes de ir a la cocina o al salón, le admiraban sin ningún rasgo de vergüenza.

Sonrió a todas, dedicando unos segundos a cada una de aquellas miradas que intentaban parecer tímidas, pero no lo eran.

Sabedor de lo que causaba su físico y su porte en ellas, le gustaba jugar con ello.

—¿Eres consciente de que cualquier día nos meterás en un problema?

Ian giró la cabeza hacia esa voz tan familiar.

William, su mejor y fiel amigo, era quien preguntaba mientras afilaba su inseparable pequeño puñal, que escondía en la bota.

Le dedicó una sonrisa sarcástica justo antes de sentarse en los escalones de entrada junto a él.

—No sé a qué te refieres, Will.

—¡Oh! ¡Claro que no! —exclamó teatralmente con aspavientos de las manos, aún con la daga y la piedra de afilar en ellas—. ¿No recuerdas ni cómo se llama? Ian, por favor...

Las carcajadas del heredero de aquellas tierras cortaron la voz de Will que resoplaba por el comportamiento de su amigo.

Sabía que era algo natural estar enredado en líos de faldas —todos lo hacían—, pero él tenía que ser cuidadoso y extremadamente discreto. Tarde o temprano tendría que buscar una esposa, y la confidencialidad en el tema de las mujeres era primordial si quería



elegir bien. A los padres de las damas de buena familia no les gustaban los escándalos.

Ian cogió del hombro a su amigo, con un toque cariñoso, mientras se calmaba para poder contestar.

—Sé perfectamente cómo se llama, Will. ¿Tan mal concepto tienes de mí, amigo?

—El que tú te buscas. Ni más ni menos. ¿O tengo que recordarte el problema que tuvimos en Evanton cuando equivocaste los nombres de aquellas dos damas?

Will recogió su daga cuando terminó de decir la última palabra. Eran muy divertidos aquellos malentendidos con las mujeres, pero cuando su señor se excedía, era él quien tenía que solucionar los problemas.

Ian dejó descansar los brazos sobre las rodillas mirando la puesta de sol sobre la muralla del castillo. Will tenía razón, pero había tantas mujeres demasiado bellas, que no podía ignorarlas.

—Somos jóvenes.

—No tanto como hace un par de años —contestó su amigo con un deje de añoranza en la voz. Se giró para mirarle. Era importante lo que debía decirle—. Algún día serás el jefe del clan, y no puedes olvidarlo. Muchos ya te miran como tal.

Era imposible olvidarlo, aunque lo intentara.

Cada día, cada noche, en el entrenamiento, en la comida... Daba igual lo que estuviera haciendo o hablando, porque todos medían su valía como futuro *laird*.

—¿Puedo saber de quién se trata esta vez? —preguntó Will, rezando para que no se hubiese metido en problemas de nuevo o al menos no fuesen muy graves.

—¿Prometes guardar el secreto y no gritarme?

No le gustaba nada esa pregunta.

Ian clavó sus ojos, de un color tan extraño que a veces parecían de la tonalidad de las campanillas, en los negros y oscuros de su mejor amigo.

Will asintió nervioso por la respuesta. Ocultaría la confidencia al mismo *laird*, pero aquello no presagiaba nada bueno.

—Laila —susurró inclinando la cabeza en el oído de su amigo.

Solo escuchar aquel nombre, hizo que Will se levantara de un salto haciendo que su *kilt* se bamboleara de tal forma que las mujeres que pasaban cerca y les observaban, emitieran un grito por la sorpresa.

—¿Te has vuelto loco?! —le incriminó entre dientes, en un tono lo suficientemente bajo para que no le escuchara nadie—. Es una *rom*, Ian, y sabes que no... Sabes que...

Ian lo miró inquisitivamente porque había roto su promesa.

Sabía que lo haría de todos modos pero, aun así, le defraudó.

Chasqueó la lengua antes de contestar.

—Sé que no puedo casarme con ella, Will. Solo lo pasamos bien juntos.

—¿Hasta cuándo? —continuó siseando cada palabra—. ¿Hasta que te maten? ¿Hasta que se marchen? ¿Hasta que te maldigan? —Resopló impotente antes de terminar—: ¿Hasta cuándo, Ian?

Sopesó cada pregunta en su cerebro, consciente de la importancia de todas ellas, pero otra parte de su cuerpo no opinaba lo mismo.

Nunca había creído las leyendas que se contaban sobre los *Rom*. Los conocía bien desde que era muy joven y no había visto nada extraño cuando los visitaba. Curaban a gente, adivinaban el futuro, o eso decían, pero nada más.

«Solo son leyendas inventadas para que no se les acerquen a pedir favores. Nada más», pensó sin querer decirlo en voz alta. Sabía de sobra que Will sí creía en ellas, y no quería discutir por ello, como cuando eran más jóvenes.

—No seas melodramático —decidió contestar para restarle importancia al hecho—. No va a pasarme nada.

Después de aquella conversación en las escaleras del castillo y que Will se alejará a los establos maldiciendo a todos los infiernos, Ian entró en casa sin pensar más en aquello.

Nada iba a estropearle los recuerdos de esa tarde tan maravillosa que había pasado con Laila entre sus brazos. Nada.

Robert Munro permanecía sentado en una silla cercana a la chimenea en el gran salón con semblante bastante pensativo, mientras un vaso de whisky se paseaba entre sus manos.

Ian se acercó a él, como cada noche antes de asearse para la cena.

—¿Qué hay de nuevo, padre? —preguntó mientras cogía su hombro cariñoso y se acercaba a él con un medio abrazo.

Robert devolvió el saludo a su hijo mayor, estudiando esos ojos que los dioses le habían regalado. No había nada extraño en ellos, a excepción del brillo que desprendían cuando estaba con una muchacha que despertara algo en él.

Exhaló antes de contestar, buscando las palabras exactas que necesitaba para encarar la situación.

—Nada fuera de lo habitual —contestó cauteloso antes de preguntar—: ¿Y tú? ¿De dónde vienes, hijo?

—He ido a dar un paseo hasta el acantilado. El mar está espléndido por la tarde.

Robert sonrió por la apreciación. Era algo que ambos tenían en común: su pasión por el mar; solo que sabía de sobra que la pasión de esa tarde no había sido exactamente el oleaje salvaje.

—¿Y después de los acantilados? —continuó con el interrogatorio, esperanzado de que se lo contará antes de tenérselo que sonsacar.

Ian intentó no alertarle con gestos o miradas desafortunadas.

Optó por acercarse al fuego para echar un par de troncos más, evitándolo. El otoño estaba siendo algo más caluroso de lo habitual para esas fechas de octubre, pero por las noches refrescaba.

—He visitado a Simon —mintió precavido. Su padre sabía de algún modo que había estado en el asentamiento gitano. Lo intuía, y no podía evadir ese tema, pero quizás sí podía ocultar a Laila.

No sabía cómo demonios se habría enterado.

Will lo desconocía, pero debía ir con mucho más cuidado.

—¡Qué curioso! Él me ha visitado a mí —explicó Robert con sarcasmo.

Ian evaluó la situación en unos segundos sin girarse aún hacia su padre.

La mentira estaba presente. No podía visitar a Simon porque este, el jefe del clan Rom, había ido a ver al *laird*, que le acogía en sus tierras. Tendría que inventar algo más, y rápido.

—Eso me han dicho, padre —indicó de manera escueta, regresando junto a él.

Robert lo miró fijamente, pero su hijo era valiente y no se amilanaba con facilidad. Sabía de sobra que estaba acorralado y, aun así, peleaba como un león encerrado.

Buscó la calma para no discutir tan pronto, pero era importante que Ian entrara en razón cuanto antes.

—¿Quién? ¿Laila? —preguntó el *laird*, enarcando una ceja para enfatizar la pregunta.

Ian se heló al escuchar en boca de su padre el mote cariñoso con el que hablaba a Laila.

Se recompuso rápidamente buscando más mentiras y excusas tomando asiento.

—Sí, y también Beth, Román y Same. —Decidió meter en la ecuación a dos de sus mejores amigos en el poblado, y a Beth, la otra hija de Simon. Quizás así tuviera una salida antes de que se desatara la tempestad.

—¿Me vas a contar la verdad o tengo que decirla yo? —Robert lanzó una mirada amenazante a su hijo mayor, el futuro *laird* de aquellas tierras. El valiente y apuesto Ian Munro.

No había cosa que más deseara que no tener que llegar a estos extremos, pero parecía que su heredero no aprendía la lección. Esperaba que, por el bien de todos, pronto comenzara a ser responsable de sus actos y consciente de sus consecuencias.

Ian se irguió en la silla, cuadró los hombros y esperó a que su padre continuara. No iba a decir ni una palabra más.

Esperaría a que su padre le hablara o su *laird* ordenara.

—No volverás a ver a Laila. Estás manchando el honor de esa mujer, y los Munro no hacemos eso. ¿Queda claro?

Ian le miró con fijeza, mordiéndose la lengua, mientras pensaba furioso que no estaba manchando su honor.

No podía contradecir a su padre, pero mucho menos a su *laird*. Él ordenaba y consentía todo lo que sucedía en las tierras.

Aun así, se aventuró a preguntar con la mandíbula tensa:

—¿Es una orden?

—¿Necesitas que lo sea? —atacó Robert, consciente del peligro que se avecinaba, y que su hijo, al parecer, no quería reconocer.

Negó con la cabeza como toda respuesta. Era mejor no abrir la boca mientras estudiaba el alcance de la situación.

—Simon ha venido hoy a contarme que pasas demasiado tiempo con su hija Laila. Estoy seguro de que no le gustará enterarse de qué hacéis exactamente, aunque yo —puntualizó clavando sus ojos más intensamente en los de su hijo—, sé perfectamente cómo se os va el tiempo.

Ian aguantó estoicamente el chaparrón. Aquello significaba el final de la relación o tener más cuidado. Tenía que pensar en la forma de poder verse sin que sus padres se enteraran.

—Sabes muy bien que los Rom pueden ser grandes amigos y aliados, como viene sucediendo hasta hoy, pero si por alguna razón se convierten en enemigos... —Robert hizo una pausa para dejar que las palabras se instalaran claras en la mollera de su hijo antes de continuar—: Espero no tener que enfrentarme a algo así.

—¿Algo más, *mi señor*? —preguntó furioso.

—Espero que no, *hijo* —contestó dejando claro que, ante todo, era su padre y no su *laird*.

Ian agachó la cabeza para despedirse en señal de respeto, y desapareció para asearse antes de cenar.

Su padre era el jefe del clan, pero su madre, Elizabeth, era la de la casa y había órdenes estrictas que no se podían pasar por alto bajo ningún concepto.

Subió la larga escalera curvada hasta el balcón del pasillo de las habitaciones en la primera planta, pensando en cómo se había enterado Simon de los encuentros con su hija, cuando se percató de que su madre lo esperaba en la puerta de su habitación.

Suspiró preparándose para lo que iba a venir.

Estaba seguro de que ella también sabía lo que estaba pasando, ya que su rostro era tan transparente que no le hacía falta ni preguntar. Era tan bella, aun a su edad, que siempre había pensado que su mayor regalo sería encontrar a alguna mujer que tuviera unos rasgos tan personales y dulces. Sus ojos, verdes como el musgo brillante bañado de rocío, eran tan vivos, que no hacía falta que dijera nada. Estaba decepcionada.

Cuando estuvo junto a su madre, la besó en la mejilla para enfrentarla después.

—No voy a ordenarte, como lo ha hecho tu padre, hijo mío. —Comenzó acariciando el rostro de piel bronceada y ya curtida por el sol de su amor, intentando no dejar escapar ni una lágrima de preocupación—. Solo te pido que pienses en quién eres y en quién estás destinado a ser. En las obligaciones que conllevan tu apellido y tu futuro. Ya es hora de que actúes como lo que eres, por muy bella que sea Laila.

Ian podía soportarlo todo de todos, menos que su madre le implorara, tal como estaba haciendo en ese instante. No quería hacerla sufrir, y menos por su comportamiento. Eso era sagrado, y ella lo sabía.

Tragó el nudo que las palabras de su madre le habían provocado y la estrechó cariñoso entre sus brazos.

—Lo prometo, madre —confesó, sabiendo que lo cumpliría, pero no sin antes buscar a Laila para explicarle por qué no podían verse más.

—Eres el heredero de estas tierras y este título —continuó Elizabeth, apretándole contra su cuerpo—. Compórtate como debes, mi amor.

Aguantó a su madre unos segundos más entre sus fuertes brazos, para ocultar la emoción que le embargaba por las últimas dos palabras que había susurrado.

Él quería compartir su tiempo con Laila, porque era dulce y cariñosa, pero sabía de sobra que la mujer que haría suya, tendría que susurrar esas dos últimas palabras desde el corazón, y todavía ninguna las había pronunciado llenas de lo que decían: con amor.





# CAPÍTULO 2

Ian cabalgaba como un demonio hasta el acantilado, esperando que Laila hubiera recibido su mensaje de manos de Will.

Había planeado cuidadosamente cómo se verían sin que nadie se enterara.

El acantilado era una zona poco concurrida, pero mucho menos el bosque anterior a este.

Los sentimientos le abrumaban. Tenía un deber que cumplir y, aunque le doliera abandonarla, se debía a su clan y, sobre todas las cosas, a su madre. Ella nunca le obligaría a hacer nada que no fuera estrictamente necesario.

Will había acogido las noticias con un «te lo advertí y no me escuchaste» inicial, que después se tornó a una ayuda incondicional para poder explicar a Laila los motivos de no volver a verse más a solas.

Ambos eran hombres de honor y eso podía ser su perdición en manos de la mujer equivocada. Tenían que arreglarlo lo antes posible para continuar con sus obligaciones.

Después de la cena del día anterior y una larga y medio acalorada charla sobre el tema con Will y George —el hermano de Ian, de tan solo un año menor—, había decidido que lo mejor que debía hacer era acabar con la situación lo más inmediatamente posible.

Para no meter a George en problemas, se decidió que Will sería el emisario. Habitualmente visitaba el poblado en busca de remedios caseros para heridas y dolencias, y podía dejar el mensaje a Laila, de verse al atardecer en el sitio acordado, sin levantar sospechas.

Según Will, ella había aceptado ir donde él la solicitara, con una sonrisa en los labios, que dolió en el corazón de Ian.

Cabalgaba con esas palabras mezclándose con las que debía decir, que le martilleaban su cabeza.

Gruñó intentando apartar esa batalla mental. En unos minutos todo habría acabado y, por Dios, deseaba que ella no llorara ni le hiciera sentir el tipo más rastrero del mundo.

Ambos sabían que en algún momento se tendría que acabar.

Frenó el paso junto a la linde del bosque, cerciorándose de que no había nadie más, y, cuando estuvo seguro, se adentró un poco hasta ocultarse entre la arboleda para poder bajar del caballo.

Escrutó el bosque y con un silbido avisó de su llegada para que Laila saliera.

Sus ojos se agrandaron un segundo antes de cuadrar los hombros y sacar pecho para enfrentarse a lo que tenía ante él.

Simon salió de detrás de un arbusto. Estaba solo y furioso.

«De acuerdo. Con Simon, entonces», decidió, pensando que no había nada malo en lo que tenía planeado hacer.

Se sintió aliviado de no tener que sortear con los sentimientos de aquella muchacha, pero, por otro lado, deseaba verla por última vez y... ¡Qué demonios! Robarle un último beso.

—Simon —saludó cortésmente, evaluando al hombre que tenía delante como si fuera un enemigo, aunque nunca lo había sido.

—Ian Munro —siseó estrechando los ojos con furia.

Ian soltó las riendas del caballo y se acercó cauteloso a él.

Algo no iba bien. Podía sentirlo en el aire que silbaba débil a su alrededor.

Se puso alerta.

—Creo que no me esperabas a mí, ¿verdad, Munro? —Aquel hombre de mediana edad parecía muy seguro de lo que iba a pasar, al contrario que Ian.

Intentó abrir la boca para contestarle, pero no le dio opción.

Mientras se acercaba más a él, continuó hablando:

—Advertí a tu padre de que no te acercaras más a mi hija o pagarías las consecuencias. Veo que no te ha llegado el mensaje tan claro como debía.

Ian pensó que era mejor dejarle terminar de hablar y después le explicaría todo. Estaba bastante enfadado y quizás, hablar a des-tiempo, no le iba a ayudar en nada.

Decidió esperar.

—Has dañado el honor de mi hija, aunque para ti eso no sea un mal mayor, pero para mí es una ofensa muy grave. Más si viene de ti, hijo del *laird*, que me acoge en sus tierras. —Ian escuchaba atento, ordenando en su cabeza todas y cada una de aquellas pala-bras, mientras buscaba las que él quería decir. En cuanto le dejara hablar, entendería por qué iba a ver de nuevo a Laila—. Sé que no crees en nuestras leyendas ni en nuestras habilidades, aunque res-petas nuestras creencias. —Simon se adelantó hasta quedar frente a frente con él—. Quizás sea el momento de darte un escarmiento y que al fin creas en nosotros.

No entendía por qué le decía todo aquello sobre sus tradiciones. Él solo quería despedirse de Laila y explicarle qué había sucedido.

Frunció el ceño eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—Simon, yo solo quería... —intentó explicarse para aclarar las cosas.

—Sé perfectamente lo que querías, chico. Lo sé —lo interrumpió— y, por eso, voy a hacer lo que tengo que hacer. —Con aquella frase se cortó toda conversación entre los dos.

Simon comenzó a susurrar unas palabras en un lenguaje que él desconocía. Sus ojos se tornaron negros en casi su totalidad, dejando tan solo una mota blanca en ellos.

Ian pensó que eran cosas del crepúsculo que se acercaba consumiéndose la luz, confundiéndolo todo, pero le intrigaba saber qué decía aquel hombre que parecía concentrado sobremanera en lo que pronunciaban sus labios. Era como si no estuviera allí realmente, y otra persona dentro de él fuera quien hablaba.

Repentinamente, sintió un dolor agudo en su vientre que se desplazaba abrasándole hasta su miembro con un ardor insopor-table. Se dobló sobre sí mismo, apretando con sus manos el estóma-go, en un intento de deshacerse de aquel dolor lacerante que casi le

hacía perder la consciencia. Solo escuchaba susurros que parecían no acabar nunca, y que se ocultaban entre sus propios jadeos.

Cuando pensó que lo que fuera que Simon hacía le estaba matando desde dentro de su cuerpo, todo cesó y escuchó la voz calmada que siempre utilizaba aquel hombre cuando hablaba de leyes y tradiciones ancestrales.

—El mal está hecho, Munro. La maldición ha caído sobre ti y todos los tuyos. Nunca más nacerá un Munro. Tu clan desaparecerá con el tiempo y ninguno de vosotros podrá deshonrar a otra mujer.

Ian abrió los ojos ante aquella amenaza e intentó preguntar sobre lo que había pasado, pero las palabras no nacían de sus labios. El dolor aún continuaba latente sin dejarle recobrar el aliento.

Escuchó como Simon continuaba hablando:

—Laila no tendrá a tu bastardo. Él morirá antes del amanecer y tú no podrás tener ningún descendiente más. Ni tu hermano ni nadie en tu clan. Es posible que haya alguno ya en camino, pero morirá antes de nacer y será el fin de vuestro gobierno en estas tierras.

Ian intentó levantarse y explicar a aquel hombre que él no sabía que Laila estaba embarazada, que desconocía lo que estaba sucediendo y no había sido su intención deshonrar a la muchacha que creía amar, pero no pudo.

La magia que aquel hombre había empleado contra él no se lo permitía.

—Ian Munro, tú y tu familia estáis malditos. Nadie puede hacer nada por vosotros ahora y, nosotros, los Rom, nos marchamos para nunca más volver.

Aquellas palabras fueron las últimas que escuchó. Ni siquiera fue capaz, con su oído infalible, de apreciar cómo se alejaba entre los árboles del bosque. Ningún paso entre las ramas caídas, ningún susurro por el viento.

Permaneció allí tendido largo tiempo, hasta que la noche comenzó a caer lentamente sobre él y consiguió el valor suficiente para ponerse en pie.

Aturdido por lo que había pasado y un recuerdo aún del dolor, consiguió montar el caballo y cabalgar hasta Foulis, para intentar pensar en cada detalle de lo que había vivido, y decidir si era cierto o no.

Laila, la bella gitana morena de ojos como el chocolate, había desobedecido a su padre y le había seguido a una distancia segura hasta el bosque donde debía encontrarse con Ian.

Sabía que él iba a decirle que no podían verse más.

Su padre se había encargado de contarle su visita al jefe del clan y, además, había predicho su embarazo, haciendo que el enfado le hiciera capaz de cualquier cosa para preservar su reputación.

Contempló cómo susurraba la maldición sobre aquel hombre al que adoraba y al que habría dejado marchar con tal de que estuviera a salvo y seguro, pero no había tenido esa oportunidad.

Lloró cuando le vio caer de rodillas en la hierba y apretar su vientre con las manos.

Él no se merecía eso. Se merecía una vida feliz con una mujer que supiera quererle como necesitaba, y tener una docena de niños a los que dar todo el amor que poseía dentro.

Ahora todo eso era imposible.

Su padre había hecho que ese sueño nunca se hiciera realidad, con el conjuro más fuerte que ella había visto jamás pronunciar.

Sollozó ahogando un grito, metiéndose el puño en la mano, cuando lo vio caer definitivamente al suelo y su padre le relató cuál sería su futuro a partir de ahora, sin olvidar hacerle partícipe del de ella.

Rezó a sus dioses, invocó a todo lo que se le ocurrió, pero nada acudió en su ayuda.

El mal estaba hecho y no se podía deshacer.

En otro lugar que se escapaba al conocimiento de la mayoría de los humanos, Alissa, un hada curiosa y con un gran poder que rechazaba usar, había contemplado la escena como otras muchas que podía observar cada día desde el reino de las hadas, sin más interés que pasar el rato, pero, el dolor y los sollozos de aquella muchacha que se ocultaba tras un roble llamó su atención.

No era habitual tomar partido en las cosas de los humanos, pero Alissa nunca usaba su poder, sino que lo guardaba para algo especial y, desde luego, aquel hombre lo era.

Su pelo negro le parecía tan llamativo —en comparación con el suyo casi transparente—, que tenía ganas de tenerlo deslizándose entre sus manos; su piel brillaba a la luz de la mortecina tarde, pero lo que de verdad la hizo materializarse ante Laila, fueron los ojos del color de las flores que él poseía, llenos de honor, valentía y fuerza.

«Un hombre así no se puede desperdiciar», pensó tomando la decisión definitiva.

—Un padre demasiado poderoso, ¿no crees? —preguntó el hada contemplando a Laila, que estaba sentada en el suelo húmedo con las manos tapando su rostro.

La gitana apartó las manos de su cara.

Lo que vio no la ayudó mucho a encontrar la paz que anhelaba en su alma. Una mujer de belleza extrema y con una luz a su alrededor, que no era natural, contemplaba su dolor diciendo palabras sabias.

—¿Cómo...? —Iba a preguntar que cómo sabía eso, pero decidió averiguar otra cosa que le inquietaba más—: ¿Quién eres?

El hada enarcó las cejas ante la pregunta. Era obvio que sabía que no era una humana, pero nada más.

—Alissa —contestó con un tono de voz tan musical que parecía estar cantando—. Pertenezco al reino de las hadas, pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Laila asintió sin ser capaz de abrir la boca ni decir una palabra.

Nunca creyó que se le aparecería un hada en su vida, aunque agradeció que hubiera elegido justo este momento.

—He visto al hombre al que amas y... ¡Oh! Es tan bello, pero eso no es lo más importante, ¿verdad?

Laila asintió otra vez, con nuevas lágrimas resbalando por sus mejillas.

Ian era un hombre que jamás pasaría desapercibido a ninguna mujer y, por lo visto, tampoco a aquella hada que la miraba con cara divertida.

—He decidido ayudarle y quería que lo supieras —le contó, obteniendo la atención de la muchacha que se secaba las lágrimas—. Nunca más volverás a verle. No me hagas preguntas sobre eso. No voy a explicarte más. Regresa con tu padre, olvídale y vive sabiendo que tendrá otra oportunidad. Una que solo dependerá de él. Suerte para ti, también.

Cuando la última palabra salió de la boca de Alissa, desapareció dejando a Laila confusa.

Había escuchado atentamente cada palabra del hada. Agradecía esa oportunidad, pero ahora un vacío se había instalado en su corazón. Nunca más vería a Ian y el hijo que, según su padre llevaba en sus entrañas, jamás vería la luz del sol.

Ian bajó de su caballo intentando tranquilizarse lo máximo posible para entrar en casa, pero algo había sucedido dentro.

Todo el mundo estaba exaltado. Corrían de un lado a otro como si alguien hubiera muerto.

Subió con rapidez las escalares para entrar en el gran salón y enterarse del problema, pero, en cuanto lo pisó, se percató de que el problema era él.

La mirada inquisitiva de su padre, la cara de Will y George, y el rostro lloroso de su madre, era suficiente para saberlo.

Caminó lo más erguido que pudo y con sus anchos hombros colocados como si fuera a luchar en una batalla.

En la estancia también había gente de la guardia de su padre, como Dylan, su primer comandante.

«¿Qué demonios está pasando?», se preguntó, incapaz de aventurarse a decirlo en voz alta.

Lo que le había sucedido en el bosque tendría que esperar. Aquello que tenía frente a él era mucho más importante.

—Padre, ¿qué pasa? ¿Qué es tan grave? —interrogó, intentando averiguar algo en el rostro de Will.

Cada cara que miraba era peor que la anterior.

Todo le decía que fuera lo que fuera estaba relacionado con él, pero nadie sabía lo que había pasado con Simon.

Aguardó una contestación de su padre, o de quién diablos quisiera explicárselo. Deseaba que fuera pronto o perdería los estribos.

Esperó unos minutos infernales y viendo que nadie era capaz de articular palabra, decidió preguntar a su madre con una mirada implorante.

Aquellos ojos ya no tenían brillo ni vida. Solo había tristeza y pesar.

Tragó saliva cuando vio cómo su madre iba a comenzar a hablar.

—¿Qué has hecho, amor mío? —susurró en un hilo de voz—. ¿Qué has hecho...? —Elizabeth bajó la cabeza para ocultar su rostro en el pañuelo que sostenía entre sus manos.

¿Cómo iba a explicarle el mal que había dejado caer sobre todos ellos? No tenía fuerzas.

—¿Alguien quiere explicarme qué demonios está pasando antes de que pierda la cabeza? —Había siseado cada una de las palabras, alternando la mirada entre los hombres que le observaban, debatiéndose entre la furia y el abatimiento.

—Tu maldición —explicó Will finalmente—. No es solo tuya. Es de todos. De todo el clan.

Ian agrandó los ojos comprendiendo.

Recordaba el dolor físico y también cada palabra de Simon, pero no creyó que fuera capaz de hacer tanto daño a su padre.



Cerró las manos en puños a sus costados y paseó de nuevo la mirada entre todos ellos.

Intentó pensar en cómo se habían enterado, lo más calmado que su temple le permitía en ese momento, pero era imposible.

Con un gesto de cabeza instó a Will a que continuara.

La furia que leía en el rostro de su padre era síntoma de que aún no era prudente hablar con él.

—Todos hemos escuchado la maldición en nuestras cabezas, Ian. Hombres, mujeres y niños. Todos estamos malditos ahora.

Las rodillas le temblaron sintiéndose incapaz de aguantar su peso. Cada palabra que había pronunciado aquel hombre era cierta y todo era por su maldita culpa.

La respiración comenzó a hacersele costosa. Era la ansiedad que sentía en su pecho al percatarse de cuán grande era el mal que se había desatado por su inconsciencia.

Intentó buscar alguna palabra, alguna solución que pronunciar en voz alta y sacar a su madre de la tristeza —sobre todo a su madre—, pero no encontró ninguna.

En cambio, sí escucho la voz ronca y furiosa de su padre. Una que jamás había empleado con él antes.

—Has deshonrado el apellido Munro hasta tal punto que no habrá más Munro después de nosotros. —Ian se estremeció por la dureza del tono y las palabras, aunque aguantó su postura gallarda—. Has matado a nuestro clan, hijo, aunque no haya una espada en cada cuello o cada corazón. Has matado a nuestro clan —repitió.

Le dolió el corazón al escuchar aquello. Mucho más que lo que le había dolido la maldición de Simon en su cuerpo.

Cerró los ojos rogando que hubiera alguna solución, aunque tuviera que cabalgar hasta desfallecer para encontrarla.

El sollozo sordo de su madre casi le hace perder las fuerzas que tan cuidadosamente estaba administrando.

Abrió los ojos para enfrentarse a la realidad: el clan estaba destrozado. Mujeres, hombres y niños sabían que no existía un

futuro. Todos desaparecerían, y los colores del tartán que tanto amaban, verdes y azules, con ellos.

Iba a decir algo, cuando una brisa les barrió haciendo titilar el fuego de la gran chimenea, y todas y cada una de las lamparillas de aceite y velas que iluminaban la estancia.

Una niebla suave y sobrenatural se materializó delante de él, haciéndose un remolino que finalmente se convirtió en una mujer joven y resplandeciente, que le miraba con ojos juguetones.

Nadie articuló palabra. Nadie se movió.

Todos estaban atentos a tan extraña visita.

Ian no creía en el reino de las hadas. Ni en las hadas ni en los druidas que se decía que habitaban aún por aquellas tierras, pero ahora todo eso que tan sólido había permanecido en su mente, cayó como un castillo de naipes en menos de un segundo.

Pestañeó para cerciorarse de que lo que veía era real, y que aquella bella mujer que le sonreía estaba ante él, como parecía ser.

—Ian Munro, te has portado muy, muy mal —habló Alissa sin prestar atención al resto de humanos que la rodeaban.

—¿Qui... qui... quién eres? —balbuceó, evaluando si existía de verdad, aunque se hubiera dirigido a él.

—Alissa —contestó en un ronroneo acompañado de una sonrisa sensual—, el hada de tus deseos.

Ian no entendía nada de lo que le decía aquel ser, pero la luz de la esperanza brilló muy fuerte al escuchar la última frase y, armándose de valor, preguntó:

—¿A qué deseos te refieres?

Alissa amplió la sonrisa, contenta de que por fin le prestase atención de verdad. Contempló su esplendoroso cuerpo unos segundos, explayándose en cada detalle del torso que dejaba ver su camisa blanca y las piernas poderosas que asomaban bajo el *kilt*.

—Te daré tres oportunidades para encontrar una mujer digna de tu apellido y lo que conlleva —comenzó a explicar sin más avisos, paseando alrededor de aquel glorioso hombre—. Tres únicas oportunidades, Ian Munro. Pero no será fácil. Viajarás al futuro. A

tres épocas distintas. Una ahora, otra a los treinta años y la última cuando cumplas los treinta y cinco. Si consigues enamorarte de verdad de una mujer en alguna de las épocas que te toque vivir, y viceversa, la maldición se deshará cuando regreses aquí con ella. Si no eres capaz de emplear tus... encantos —susurró pícaramente la palabra solo para ellos dos— en esas oportunidades, tu clan morirá sin ninguna otra posibilidad.

Ian había escuchado atentamente cada palabra y asimilado lo que debía hacer para conseguir deshacer el mal.

Él había provocado aquella situación y él tendría que encontrar la solución.

—Viajarás a diferentes siglos que yo elegiré para ti —continuó Alissa con la explicación—. Cada oportunidad que malgastes complicará más el próximo viaje y, si a los treinta y cinco años no regresas con ninguna mujer capaz de enfrentarse a vivir en otro tiempo, no habrá nada más que hacer. Deberás hacerla saber quién eres y de dónde vienes antes de iniciar el viaje. Solo puede viajar contigo por su propia voluntad. Espero que seas digno de mi regalo como espero y no defraudes a tu clan.

Asintió analizando todas las preguntas que deseaba hacer, pero no tuvo tiempo de formular ninguna, porque Alissa se adelantó de nuevo.

—Mañana partirás al siglo XVIII, una época que espero sea de tu agrado. Duerme y descansa, Ian Munro —añadió enfrentándose a sus ojos violetas— y no te preocupes, durante la noche yo te inculcaré los conocimientos que necesitas para sobrevivir durante el mes que allí te espera.



# CAPÍTULO 3

Madrid. Febrero del 2022.

Un día más Ian apartó de la mente todos los recuerdos abrumadores que le atormentaban.

Ya no era ese hombre.

Se arrepentía de haber sido tan egoísta. Debía ser responsable de sus actos y arreglarlo.

Eran las diez de la noche, estaba preparado para salir y no deseaba dejar todo aquello en su cabeza durante el resto de la velada o al menos en lo que durara la salida nocturna.

El siglo XVIII no le había ido bien y tampoco el XIX. Las mujeres eran bellas y dispuestas, pero ninguna había despertado algo en él que le hiciera pensar que era lo que buscaba, y, lo más importante, no serían capaces de sobrevivir a otra época que no fuera la suya.

Ahora lo tenía igual de complicado o más que las dos veces anteriores.

El siglo XXI, lleno de los avances tecnológicos que él admiraba, comodidades, independencia y vida fácil, era el más difícil todavía, pero aún quedaban diez días y no se rendiría hasta que Alissa le arrebatara lo que quedaba de tiempo.

Caminó perdido por el centro de la ciudad sin rumbo fijo.

Entró en un restaurante donde observó a dos grupos de mujeres que cenaban, reían y se contaban mil historias acontecidas durante el tiempo que no se habían visto.

Ninguna le llamaba la atención. Eran guapas, inteligentes y divertidas, pero no tenían esos rasgos tan personales que él deseaba, ni las creía suficientemente valientes para hacer lo que necesitaba.

Al poco, pagó la cuenta y salió con el corazón en un puño.

Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no había encontrado a ninguna mujer tan especial como para enamorarse y dejarlo todo por él.

Había pensado acercarse a algún local para tomar una copa, pero no tenía humor, por lo que decidió regresar a su solitario apartamento y descansar. La cabeza iba a reventarle de tantos recuerdos que, por algún motivo, habían sido más vívidos e insistentes ese día.

No obstante, tomó otro camino para demorar un poco la llegada.

La calle nunca descansaba, y era algo que lo tenía intrigado de aquella ciudad. Daba igual que fuera martes, como ese día, o un fin de semana, porque siempre había gente. A cualquier hora del día o de la noche.

Giró una esquina un par de calles antes de su portal y le llamó la atención un cartel en tonos verdes y azules, como los colores del tartán de su familia que tanto añoraba.

Cruzó la calle para mirarlo más de cerca.

Anunciaba la presentación de una novela romántica que tendría lugar al día siguiente y a la que asistiría la escritora para firmar ejemplares.

Se fijó más a fondo en el libro.

—No puede ser —murmuró al reconocer la fotografía de la portada.

Era su acantilado, el que tanto echaba de menos, donde fue maldecido.

Confundido y con un azote brutal de sentimientos, dio un paso atrás por la impresión, pero era incapaz de apartar la mirada de la foto.

Permaneció allí mucho tiempo. La calle, pequeña, estrecha, alejada del bullicio de otras principales, estaba desierta y no llamaba la atención.

Aprovechó para deleitarse en aquel paisaje.

Su casa.

No parecía que hubiera pasado tanto tiempo desde aquella noche que cambió su vida. Hasta hoy. La imagen era prácticamente la misma que había en su cabeza.

Analizó el cartel una y mil veces hasta que cayó en la cuenta del nombre de la escritora: Cora Buchanan.

—Imposible —susurró leyendo el nombre una y otra vez.

Aturdido por el apellido escocés, giró sobre sus talones para retomar el camino a casa, y volvió la cabeza para recordar la librería.

Volvería.





# CAPÍTULO 4

Cora estaba muy nerviosa por la presentación del libro que tendría lugar esa tarde. No era la primera vez que tenía un evento así sobre una de sus novelas, ya que había conseguido publicar bastantes, pero esta, la décima, era la más especial.

Por fin se había decidido a escribir una historia de su amada Escocia, con tanta suerte que había conseguido que se la publicaran.

Estaba convencida de que esta vez no lo harían.

Leía y leía historias románticas sobre la magia de las *Highlands*, pero no había tenido el valor de crear una propia.

Sentía un profundo respeto por esas novelas que la hacían soñar con un hombre que la amara tanto que no fuera capaz de vivir sin él y, lo más importante, él sin ella.

Sabía que era un pensamiento que no concordaba con el momento que se vivía, y por eso no lo contaba en voz alta, pero eran sus sentimientos y debían ser respetados como los de cualquiera.

No había podido dormir dando vueltas en la cama por los nervios. Era muy importante la valoración de sus seguidoras y que algunas más la descubrieran, y se engancharan a la historia.

Decidió levantarse de la cama para empezar el día saliendo a correr para despejarse e intentar eliminar tensiones.

Se vistió con unas mayas negras por debajo de la rodilla muy ajustadas, una sudadera morada, sus zapatillas negras y lilas de correr, y tomó el móvil con la selección de música a todo volumen.

Eran las ocho de la mañana, hacía un frío de mil demonios y la gente andaba de un lado para otro corriendo a sus trabajos.

«Esto es lo positivo de ser escritor. El horario lo pones tú», pensó sonriente, iniciando la carrera con la batería y las guitarras

del rock de *The Pretender* de Foo Fighters tronando en sus oídos, mientras observaba su alrededor.

Intentó centrarse en solo correr y en la música. Nada más tenía que importar en ese momento. Ni la presentación ni las ideas para nuevos libros ni la soledad de sus treinta y un años. Nada más.

Después de una hora de ejercicio y un hambre voraz, regresó a su apartamento del centro, en La Latina. Era un barrio lleno de vida, tiendas y energía.

La casa era una herencia de sus abuelos; un lugar donde los recuerdos fluían en cada rincón. Tanto para lo bueno como para lo malo, y últimamente lo malo era más potente que lo bueno.

Sin familia desde la veintena, se sentía sola.

Hacía muchos años que no se sentía así, pero, ahora, esos pensamientos le invadían la mente en estéreo.

Su amiga Marga decía que era el reloj biológico que se había despertado a gritos, y que lo que necesitaba era su propia familia.

Teresa, estaba de acuerdo.

Podía ser...

Esbozó una sonrisa recordándolas cuando se lo soltaron mientras tomaban unas cervezas por los bares de la zona.

Entró en el bloque de viviendas, ya de vuelta de la carrera, y saludó al portero.

Quizás tenían razón, pero ella no lo sentía así. Eran una añoranza y un anhelo extraños que no sabía describir bien.

Vivía en un edificio antiguo, pero se habían gastado un pasadizo en reformar la escalera, cambiar el ascensor, que ya ni funcionaba de lo viejo que era, restaurar la fachada y un sinfín de cosas más.

Cogió aire mientras se abrían las puertas del elevador, y se apoyó en la pared frente a los botones en cuanto entró. Cantaba en un susurro la canción *La Nube* de Sôber, mientras reconocía que lo que ella tenía en ese momento en su cabeza, era una nube del tamaño de una borrasca, y Marga solo hacía liarla con sus deducciones.

Se percató de que las puertas se abrían de nuevo mientras estiraba los músculos de la espalda sobre la pared. Miró de reojo y... se quedó sin respiración al instante.

No se podía creer que tuviera delante, en el ascensor de su casa, a un hombre idéntico al personaje masculino de su libro; ese que presentaría en horas y estaba totalmente inventado en su cabeza. El mismo con el que había convivido mentalmente durante meses, creando su físico, pensando el color del pelo, su complexión, el carácter, la sonrisa, la forma de sus manos... Con el que había imaginado besos de película y escenas sensuales.

Cerró los ojos de golpe y aguantó estoicamente un jadeo.

El apagón autoimpuesto duró poco.

Abrió los ojos para mirarle bien, como si la estuvieran concediendo un deseo, y colocó las manos tras su espalda intentando agarrarse a algo para no caer desplomada al suelo.

No había nada a lo que aferrarse, pero esa posición parecía la apropiada para la sensación de flotar que tenía en ese instante.

Después de unos segundos totalmente hipnotizada con la visión, se dio cuenta de que le estaba diciendo algo.

Pestañeó varias veces para cerciorarse de que no estaba soñando, pero seguía sin escucharle.

Aquel tipo esbozó una media sonrisa demasiado sexi. Mucho mejor que la que imaginó para su libro. Alargó una mano fuerte con la piel bronceada hasta ella, rozando su rostro, llegando casi a la sien.

Aguantó la respiración.

Estaba segura de que había emitido algún sonido que la delataba y se sintió como una imbécil por pensar en romanticismos novelescos.

Entonces, se percató de que lo que estaba haciendo era quitarle uno de sus auriculares para que lo escuchara.

—Buenos días. ¿Te encuentras bien?

Cora aún estaba procesando lo que aquel hombre le decía con esa voz profunda y varonil que aumentaba más las expectativas.

¿Que si se encontraba bien? No sabía qué responder a eso. Su cerebro iba a mil intentando procesarlo todo y no tenía una respuesta que se ajustara a la realidad.

—Buenos días. Perfectamente —contestó por fin, recuperando la respiración.

Ian miró a la chica estudiándola, evaluando sus expresiones, los gestos y los rasgos con atención. Era una mujer muy parecida a lo que le atraía físicamente.

¡No podía ser que hubiera estado tan cerca todo el tiempo!

Cora repasó con rapidez cada detalle, cada músculo de aquel hombre de casi dos metros de estatura. Piel bronceada, pelo moreno y corto; boca carnosa, pómulos imponentes y barbilla ligeramente cuadrada.

Llegó a la conclusión de que, si le pusiera un *kilt* tradicional, desde luego que parecería un guerrero escocés. Era capaz de imaginarlo con una gran espada claymore, montando un caballo negro de pelaje brillante y la mitad de su cara pintada de azul como en *Braveheart*.

Cerró los ojos un segundo para apartar ese pensamiento y regresar al ascensor.

«*Se te va la olla*», pensó antes de abrirlos de nuevo para sonreír y ser amable como una chica buena.

Cuando le miró a los ojos, descubrió algo que no había visto en su vida. Parecían azules, pero no encontraba ningún tono de ese color en el que catalogarlos. Eran de color violeta. Eran muy especiales.

Ian examinaba los rasgos de aquella muchacha que parecía estar viendo un fantasma.

Entornó los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, observándola más en profundidad.

Tenía el pelo rubio oscuro recogido de manera desordenada sobre la cabeza, con algún mechón que le caía rizado por la nuca y el rostro. Piel ligeramente bronceada y suave, pómulos sonrosados en exceso por el frío, labios llenos y más rojos de lo normal.

Sin que se notara mucho, miró su vestimenta.

Tenía curvas muy femeninas que resaltaban sus caderas y sus pechos sugerentes.

Se reprendió a sí mismo por fijarse en esas cosas que a las chicas de este siglo tanto les molestaba, pero en el suyo no era un pensamiento tan baldío, y no se sintió capaz de dejarlo pasar. No sabía si tendría otra oportunidad como esa.

Decidió concentrarse en su rostro y fijarse mejor en los detalles.

Miró a sus ojos directamente y tensó la mandíbula al observar que eran verdes y brillantes, como el musgo bañado de rocío. Era su color favorito.

El ascensor paró en el cuarto piso, abriendo las puertas relucientes y nuevas para mostrar un pasillo con seis puertas. La de Cora era la que había justo enfrente a la derecha; el piso era grande y daba a dos calles.

Ian sostuvo la puerta con su mano para que la chica saliera en primer lugar.

Ella carraspeó antes de pronunciar un *gracias* azorado y él aprovechó para sonreír de nuevo, como sabía hacer para llamar la atención de una mujer. Era su oportunidad para contemplarla caminar y averiguar cuál era su casa.

Dejó que la puerta se cerrase tras él y, sacando su llave, caminó tras ella.

Cora nunca le había visto en el edificio. Ni siquiera sabía que tenía un nuevo vecino, y mucho menos que era tan impresionante.

«¿De dónde has salido tú?», pensó escuchando sus pasos tras ella, mientras el corazón le regalaba unos cuantos acelerones al sentirle observándola.

Ian repasó de nuevo a aquella mujer de arriba abajo. La esperanza le infló el pecho provocándole una punzada de nervios en el estómago. ¿Podría ser ella?

La sorpresa de ambos fue épica cuando se dieron cuenta de que vivían uno al lado del otro.

Las dos puertas que había frente al ascensor eran las de sus apartamentos.

Con una despedida sosa y prácticamente balbuceada por ambas partes, se despidieron para desaparecer en sus respectivas viviendas.

Ian estaba confuso. Había viajado a dos siglos diferentes sin éxito alguno, llevaba veinte infernales días sin encontrar nada que le llamara la atención y prácticamente dándose por vencido, cuando de repente entra en el ascensor —ese artilugio que se obligaba a utilizar para no añadir otra rareza más de la que la gente pudiera sospechar— y se encuentra con una preciosidad que le había provocado que el corazón galopara con libertad en cuanto le había sonreído.

Decidió descansar el resto del día pensando en la presentación del libro que tenía como portada su acantilado.

Estaba agotado de darle tantas vueltas a todo durante los últimos días y, si no tenía suficiente, tampoco había conseguido dormir.

Después del corto paseo para ver amanecer desde los jardines que había descubierto, junto a lo que llamaban el Palacio Real, había decidido regresar, y ahora agradecía haberlo hecho en el instante en el que lo pensó.

Unos minutos más tarde y quizás nunca la habría visto...

Se tumbó en la cama mirando el techo con las manos entrelazadas bajo la cabeza, recordando a esa mujer excepcional que había encontrado por casualidad.

Se regodeó en los detalles de sus rasgos y en su cuerpo esbelto lleno de energía.

«Podrías ser tú, desconocida».

Ese pensamiento le regaló una sonrisa en sus labios por primera vez desde hacía muchísimo tiempo.

# CAPÍTULO 5

Cora se sentó en una silla alta de la cocina, totalmente aturdida con la imagen que no podía quitarse de la cabeza.

Aquel hombre la dejaba sin aliento, sin sentido y sin capacidad de reaccionar con normalidad. Solo pensar en él, en cómo había hablado o sonreído, le hacía sentir un cosquilleo en la piel que no era normal.

Cerró los ojos intentando borrarle de la cabeza, pero era incapaz.

Con un respingo se asustó al percatarse de que oía voces, cuando comenzó a carcajearse porque lo que escuchaba era la música que no había desconectado de su móvil, y seguía teniendo el auricular colgado de su otro oído.

Negando con la cabeza y serenándose un poco, se levantó de la silla para ir a la ducha e intentar despejar la mente.

Aquel hombre se parecía tanto al protagonista de su libro...

Pero no podía ser. Los *highlanders* dejaron de existir hacía siglos.

Abrió el grifo del agua caliente. Tenía que centrarse en la presentación de esa tarde y en nada más. Eso era lo primero y lo más importante. Ya tendría tiempo de cotillear al vecino o, en su defecto, Marga y Teresa se ocuparían de ello.

Empezó a prepararse.

Le habían propuesto un vestido de una nueva diseñadora que quería vestirla para la ocasión y que en un primer momento le pareció acertado, pero después de mirarse en el espejo con él una docena de veces, había cambiado su percepción de lo *adecuado*.

Era azul oscuro; lo que llamaban actualmente, de forma glamurosa, azul tormenta. De tirantes, escote pico y ceñido a su cuerpo.

Elegante y precioso, pero quizás demasiado descarado para una firma de libros.

Víctor, su editor, había sugerido que fuera vestida algo más atrevida para la ocasión. Por lo visto, inexplicablemente había un grupo de hombres que poco a poco se habían convertido en fieles seguidores, atraídos por la autora y las novelas, a partes iguales.

Cora estaba sorprendida de que los hombres leyeran con interés sus historias, pero mucho más de que se fijaran en su diminuta foto en la solapa de cada ejemplar.

Respirando con profundidad, se miró por última vez. No pensaba hacerlo más o se cambiaría de ropa.

«Víctor, te mataré», pensó desapareciendo del espejo de cuerpo entero de su dormitorio.

El timbre sonaba.

Marga y Teresa silbaron al unísono cuando les abrió la puerta y eso que aún estaba descalza y sin peinar.

—¡Esto sí que es un vestido y lo demás son tonterías! —exclamó Marga entrando a la casa.

Cora puso los ojos en blanco cerrando la puerta tras ellas. Solo faltaba que encima le dijeran que iba demasiado provocativa.

No quería causar esa sensación. Ella no era así, aunque la naturaleza le había dado una buena materia prima con la que jugar.

—Estoy a punto de cambiarme, así que, no sigas por ahí —cortó tajante cualquier comentario que se pudiera añadir al respecto.

Teresa y Marga se miraron enarcando las cejas.

¿Cuándo narices iban a aprovechar lo que Dios le había dado?

—Cuando te pones en este plan, no te aguanto —contestó Marga sin tener en cuenta las palabras de su amiga—. Regresarás a la normalidad en cuanto pase la presentación.

—Mataré a Víctor. Juro que lo mataré —murmuró Cora camino del baño para terminar de arreglarse.

Las dos amigas la seguían divertidas. La conocían perfectamente y ese vestido no entraba en su canon habitual, a no ser que fuera para una salida más formal.



En las presentaciones le gustaba estar cómoda.

Resoplaron al escuchar sus murmullos.

—¿Víctor? —preguntó Teresa muy seria desde el marco de la puerta que separaba el baño del dormitorio—. ¿Víctor, el pecado mortal de tu editor? ¿Víctor, ojazos negros y músculos de infarto? ¿Víctor, mi amor platónico, al que no haces ni caso, aunque él babea por donde tú pisas, es quien ha sugerido este vestido?

Cora resopló emitiendo un gruñido que dejó claro que la respuesta era sí.

Teresa negó con la cabeza dejándose caer sobre la cama, mientras Marga se reía a carcajadas con lágrimas en los ojos.

—No sé dónde le ves la gracia, guapa —reprendió a su amiga.

—¿Dónde? —medio gritó Marga entre hipidos de la risa.

Teresa, que estaba riéndose también sobre la cama, mirando el techo, contestó en su lugar, porque la otra no era capaz de articular más palabras.

—Vamos a ver, amiga —comenzó incorporándose sobre la colcha negra con ligeros hilos plateados salpicados en el tejido—. Víctor está como un queso. Eso, siendo yo finísima de la muerte a la hora de describir cómo es. En el modo barrio, diríamos que tiene un polvazo. Está loco por ti y tú necesitas un hombre urgentemente que te haga ya sabes qué y, encima, ¿dices que dónde le vemos la gracia? No tienes remedio, Cora, y no puedes seguir así.

—Necesitas un hombre de verdad y Víctor es el mejor candidato en mil kilómetros a la redonda, bonita —añadió Marga sujetándose el estómago que aún le dolía del ataque de risa.

—Estáis enfermas —susurró la aludida, terminando de recogerse el pelo en un moño informal, pero elegante, que dejaba caer mechones de pelo suelto entre el revoltijo que sujetaba con una pinza grande y alargada, como una garra metálica, decorada con piedras azules y verdes incrustadas.

—Llámalo equis, pero nosotras no estamos encerradas entre libros, ordenadores y música. Nosotras vivimos y procuramos que

tú lo hagas de vez en cuando. ¡De nada! —insistió Marga, señalándola acusadoramente con el dedo.

Cora estaba llegando al límite.

Aquellas dos tenían más razón que un santo, pero ella no era capaz de disfrutar con un hombre igual que sus amigas. Le daban pánico, aunque le gustaran.

Sus experiencias con el género masculino habían sido un desastre. Más bien uno detrás de otro, y había desistido, aunque no por falta de oportunidades.

Jorge, su última pareja, era alto, fuerte, rubio, y con unos ojos marrones de quitar el hipo, pero había resultado ser un cretino, un egoísta, un dominante e infiel cerdo.

Eso no lo iba a consentir de nuevo.

Si alguna vez, en alguna circunstancia —que ya tenía que ser especial—, diera con un hombre merecedor de sus atenciones, entonces se lo replantearía, pero por el momento no tenía fuerzas ni ganas de pasar por ello.

Víctor era un hombre que podría aparecer en la campaña publicitaria de cualquier diseñador de primera fila y vender más calzoncillos que todos lo que en este momento eran imagen para ello, pero Cora, después de lo de Jorge, ya no veía a los hombres como antes. Ya no pensaba si eran atractivos, interesantes e incluso *sexis*. Directamente los tachaba de cretinos, arrogantes e insoportables.

Menos al tipo del ascensor.

Le gustaría pensar que sus neuronas y su progesterona habían madurado de una vez por todas, pero la naturaleza era como era.

Las mujeres, desde los tiempos de las cavernas, quedaban a expensas de lo que su cuerpo pedía. Es decir: el macho dominante capaz de hacer que su fertilidad fuera apta al cien por cien.

Traducido a la actualidad: un infierno en el siglo XXI.

Era como ver un reportaje de Félix Rodríguez de la Fuente en vivo y en directo ante una escena de ligoteo cualquiera.

Decidida a no pensar más en todo eso, que la tenía bastante cabreada, agarró la chaqueta que completaba el *look*, y se puso

los zapatos de salón de ante gris, a juego con el bolso, dispuesta a arrastrar a sus amigas fuera de su casa antes de cargárselas.

—Hemos reservado mesa para cenar en el italiano que tanto te gusta —anunció Teresa cuando llegaban a la puerta—. Después podíamos tomar unos mojitos en La Playa para desestresarnos.

Cora esbozó media sonrisa al recibir el mensaje. Sus amigas eran un bote salvavidas y gracias a ellas tenía esos momentos de esparcimiento que no era capaz de generar por sí sola, como el resto del mundo.

Marga estaba atenta a cualquier gesto de negatividad ante la propuesta, que pudiera vislumbrar en aquel rostro perfectamente maquillado y equilibrado por la naturaleza, pero suspiró al descubrir que no estaba enfadada.

—Parece que hemos acertado, colega —anunció dando un codazo a Teresa justo antes de abrir la puerta.

—Eso es solo el principio de la noche, ya veremos cómo termina —contestó la aludida guiñando un ojo.

—Vamos a llegar tarde y quedaré fatal. ¡Vámonos! —Se desesperó Cora mirando la escena—. Dejad de hacer planes y salid de una puñetera vez.

Las tres dejaron la casa entre risas.

A simple vista parecería que estaban siempre a la gresca, pero no era cierto. Simplemente se decían las verdades a la cara y, como las tres eran mujeres de carácter, parecía una lucha de titanes constante.

Justo antes de cerrar la puerta, Cora tocó la piedra de color violeta que estaba colocada en un cuenco en la entrada. Se la había regalado su abuela cuando era una adolescente inaguantable y nunca había dejado de tocarla antes de salir.

Sonrió al notar la corriente de energía que inexplicablemente traspasaba los dedos que acariciaban la roca como cada día, pero sorprendida por la intensidad que emitía esta vez.

Se quedó paralizada mirándola. ¿Qué había hoy de diferente?

Todo era normal. Era una presentación normal. Un día normal con sus amigas de siempre. Nada especial.

Unas palabras que no había recordado en todos esos años revolotearon en su mente como si las estuviera escuchando de los labios de su abuela medio bruja, en ese momento:

*Este color te traerá la felicidad. Será un camino largo y escabroso. Con tristeza, deseos inalcanzables y soledad, pero confía. Llegará el hombre que lleve este color como distintivo personal y será el amor de tu vida, si eres capaz de aceptar su reto.*

Un escalofrío recorrió su espalda recordando aquel mensaje alto y claro.

Cerró los ojos, intentando que desapareciera de su mente, pero algo en ese color la hizo entreabrirlos sin apartar la mirada de la piedra.

«¿Dónde he visto este color?», pensó ladeando la cabeza, como si las neuronas fueran capaces de funcionar mejor al hacer ese gesto.

Tras varios segundos estrujándose el cerebro y la voz de una de sus amigas apremiándola, dejó de pensar en ello y salió por la puerta decidida a dar lo mejor de sí misma en el evento que transcurriría en pocos minutos.

Ian quería ir a la presentación y averiguar quién era esa escritora, quién había hecho esa foto de su casa, cuándo y por qué. No sabía cómo demonios lo iba a hacer, pero tratándose de una mujer, no pensaba que le costara mucho indagar.

¿Sería escocesa? ¿Sería bonita? ¿Sería su destino?

Analizó cada una de las preguntas mientras cogía la toalla cerrando el grifo de la ducha.

Todo era posible. De eso ya estaba más que seguro, después de lo que le había pasado en la vida.

Se vistió con ropa interior negra, una camisa blanca que se ajustaba como un guante a su cuerpo y pantalones de vestir también negros.

Quería causar buena impresión, aunque era consciente de que llamaba la atención de las mujeres sin hacer nada para ello.

Cogió su chaqueta negra y el abrigo largo entallado.

Cuando se lo estaba colocando, recordó a la mujer del ascensor. Era coqueta, preciosa, sonriente y asustada a la vez; con unos ojos verdes brillantes e increíbles.

Pensó que encontrar a dos mujeres el mismo día, después de tanto tiempo esperando a dar con una, no era muy normal.

Recogió las llaves del cuenco de cuero del recibidor.

«Quizás no sea ninguna de ellas», decidió con pesar, negando con la cabeza.

Cora estaba cerrando la puerta con llave, cuando escuchó cómo la cerradura contigua se abría a la vez.

Su estómago saltó haciendo que jadeara al pensar en quién iba a aparecer detrás de aquella puerta.

No había contado nada a sus amigas y se podía avecinar una buena tormenta.

Ian abrió y la vio. Se quedó sin aliento cuando vio aquellos ojos verdes que le observaban, más bajos que los suyos. Brillaban preciosos, haciendo honor a su dueña, que estaba imponentemente vestida delante de él.

Con rapidez, se recompuso para poder saludar.

—Buenas noches, preciosa —dijo con media sonrisa, llena de picardía.

—Buenas noches..., vecino —balbuceó Cora, apresurando el cierre de su puerta para huir de allí lo antes posible.

La mujer se giró en busca de sus amigas, analizando cada palmo de aquel monumento en su mente. Estaba de infarto.

Intentando no dar muestras de su interés a las dos amigas que esperaban con sonrisas juguetonas y los ojos fuera de las órbitas, pensó adónde iría tan guapo.

Se situó en la puerta del ascensor, pulsando el botón que a las otras dos, embobadas como estaban, se les había olvidado presionar.

Tendrían que compartirlo con él y aquello no podía ser bueno.

Olía demasiado bien para soportarlo sin que las hormonas saltaran de alegría, revolucionadas como nunca.

Marga se arrimó sutilmente a Cora para susurrarle al oído.

—¿Se puede saber cuándo pensabas contarnos que tu vecino está más bueno que Adonis? —la increpó entre dientes.

Cora puso los ojos en blanco, porque escuchaba los pasos lentos y firmes de aquel imponente hombre en dirección a ella, lo que provocaba que se quedara sin respiración.

—Le he visto esta mañana. No lo sabía —explicó en un hilo de voz, intentando que no escuchara la conversación, pero estaba demasiado cerca para evitarlo.

—¿Seguro? —preguntó Teresa con la mirada perdida en él—. ¿O te lo querías quedar para ti solita y no compartir como buenas hermanas?

—¡Estáis locas! ¡Como una cabra! —exclamó en voz baja, perdiendo la paciencia, mientras resoplaba con un pequeño gruñido de impotencia.

Por suerte, las puertas del ascensor se abrieron y Cora entró como un huracán, haciendo que los mechones de pelo sueltos se arremolinaran sobre su rostro.

«Mejor», pensó sin retirarlos de la cara. «Así no verá la vergüenza que estoy pasando».

Ian entró el último, como buen y galante caballero que era.

Aunque las dos nuevas mujeres le miraban sin ninguna vergüenza, él solo se centró en la que se ocultaba al final del habitáculo, encogida y tímida.

No le gustó verla escondida. Una mujer como ella tenía que ser el centro de atención allá donde fuera. Llena de energía y vitalidad, como aquella mañana. Preciosa, como ahora.

—Buenas noches —saludó cortésmente a las más descaradas.

Marga, que no tenía pelos en la lengua, sonrió repasándole de arriba abajo, preparada para atacar.

—Buenas noches, guapo. ¿Vives aquí?

Ian sonrió cortés, pero sin una pizca de ganas de hablar con ella. Quería hablar con la de los ojos verdes.

Decidió conformarse con aquello de momento. Si eran sus amigas, quizás averiguara algo valioso.

—Sí —contestó escuetamente.

—No te habíamos visto antes, y venimos a menudo a verla —explicó Teresa, señalando a Cora, aún escondida al fondo.

Ian esbozó una sonrisa más amplia, mientras se fijaba en que la aludida le miraba entre los mechones de pelo y sus pestañas espesas.

—Solo es temporal. Me iré en pocos días —indicó sin apartar la mirada de ella.

Cora sintió pesar ante aquellas palabras.

«Se va», escuchó en su cabeza como si otra persona se lo estuviera contando mentalmente.

Aturdida por aquella sensación, decidió no mirarle más, pero justo cuando iba a retirar la vista de él, se fijó en los ojos violetas que no se apartaban de ella.

«La piedra», susurró mentalmente, tragando saliva muy fuerte por aquella revelación. «¡Imposible! Imposible, imposible, imposible... Abuela, no puede ser verdad», gritó a la anciana mentalmente que, aunque fallecida años atrás, siempre estaba presente en sus pensamientos.

Más azorada aún, se irguió un poco, preparándose para salir en cuanto el ascensor abriera las puertas.

No podía ser verdad. Pero su abuela nunca fallaba. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

Estaba deseando salir del mismo sitio en el que él estuviera y aclarar la cabeza.

El timbre del ascensor sonó y un Ian muy pendiente de ella, sujetó la puerta para que las mujeres salieran.

Primero las preguntonas y, por último, animó con un gesto de cabeza para que Cora avanzara.

La mujer caminó insegura hacia la salida, por primera vez en su vida. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él, la piedra y su abuela.

No podía seguir así, tenía una presentación muy importante a la que enfrentarse y aquellos pensamientos tenían que desaparecer.

Cuando Cora llegó a su altura, se detuvo un segundo para balbucear un gracias, igual de atropellado que por la mañana.

Justo cuando pensaba que todo había terminado y podía irse tranquilamente, él alargó su mano, como horas antes, y apartó los mechones que le tapaban el rostro a placer.

Sintió un cosquilleo en todo su cuerpo que la dejó inmóvil, totalmente perdida en la caricia y en los ojos tan especiales que sonreían observando muy atentos.

—Mucho mejor —susurró él demasiado cerca—. No debes esconder tus ojos. Son preciosos.

Cora aguantó un jadeo que finalmente pidió paso a gritos.

Muda, inmóvil y roja como un tomate, no supo qué decir.

Finalmente, el carraspeo de Marga la sacó del atontamiento.

Consiguió decir de nuevo un más que balbuceado gracias y caminó insegura de que sus piernas la sujetaran. Tenía que salir de allí consciente de que la velocidad de la luz no sería suficientemente rápida.

Ian contempló la elegancia innata de la dama sin querer pensar en cómo se había ruborizado cuando la había tocado.

«Preciosa», pensó sin apartar la mirada de ella y las amigas, que susurraban suplicando que les contara qué había pasado. Ella no abría la boca. Solo negaba con la cabeza como si no fuera capaz de explicarlo.



Antes de salir por el portal vio cómo se giraba para mirarle una última vez.

Ian sonrió.